

A estas palabras, oyóse  
Tras de la cerrada puerta,  
Inesperado ruido,  
Y tras él de golpe abriéndola:  
*Señora, el alba despunta,*  
Dijo apresurada Estrella,  
E interrumpida la plática  
El moro salió siguiéndola.  
Partió silencioso Muza  
Saltando otra vez la reja,  
Y con el pomo en las manos  
Quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente:  
Y la serena luz de la mañana  
Teñía suavemente  
Con brillantes matices de oro y grana  
La diáfana estension del horizonte:  
La claridad tendiendo mansamente  
Por las laderas de lejano monte.

En un balcón que á los jardines mira  
Del palacio de Burgos, en que mora,  
Sombria y melancólica suspira  
La que en tiempo mejor fué su señora.  
Ella es, sí, la condesa doña Blanca  
Que á impulsos de secreto sentimiento  
Hondos suspiros de su pecho arranca,  
Y de sus labios los arranca el viento.  
Bella matrona, por la edad no ajada,  
Aun muestra cuanto fué su edad primera  
En gracia y hermosura aventajada;  
Aun brilla en sus miradas, hechicera  
La luz de la pasión, y aun á despecho  
Del pesar que la acosa  
Tienen su bello rostro peregrino,  
Y sus torneados hombros y alto pecho  
El color del jazmin y de la rosa,  
Que envidia dieran al pincel de Urbino.  
Hermosa, sí, se ostenta todavía  
A pesar de la nube que encapota  
Su frente melancólica y sombría.  
Sus miradas en tierra distraída  
Fija, sin ver lo que delante tiene,  
Y en turba al parecer descolorida  
Pasan por su memoria sus ideas  
Tardas en paso y en contorno feas.  
Encendidos sus párpados, parece  
Que romper á llorar tal vez ansían,  
Y pálido el carmin que antes tenían  
Sus labios, que el amor ora enardece,  
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verían)  
Lo que su inquieto corazón padece.  
A veces frunce receloso el ceño  
Cual si oculto terror le amedrentara,  
Y á veces gime, cual si horrible ensueño  
Su apesorado espíritu acosara.  
A veces reteniendo en su garganta  
El conturbado aliento,  
Agitado su pecho se levanta  
Cual mar que turba desigual el viento,

Y á veces ténusamente respirando  
Toda la fiebre ahogando que la agita,  
En sueño dulce, misterioso y blando  
Tranquilamente al parecer dormita:  
Todo en ella por fin está mostrando  
Que grave asunto con afán medita,  
Y que si acaso la razón le asiste,  
Prestarla fé su corazón resiste.  
Largo tiempo pasó de esta manera,  
Hasta que al fin saliendo de repente  
De su enagenación, rápidamente  
Formó sin duda decisión postrera,  
Y al punto se quitó de la vidriera.  
Falsa sonrisa en rededor vagaba  
De sus fruncidos labios al quitarse  
Y siniestra su faz amedrentaba,  
Amarga su expresión de contemplarse:  
Y con prudente voz llamando á Estrella  
Y á sus palabras dando astuto giro,  
Exhalando un suspiro,  
Plática tal enderezó con ella.

LA CONDESA.  
Mucho te he amado siempre, Estrella mía:  
Mis secretos mas graves  
Siempre mi corazón del tuyo fia,  
Que de mi corazón tienes las llaves.  
Que me sirvas espero  
Leal correspondiendo á mi cariño  
En un negocio, que encargarte quiero.

ESTRELLA.  
Vuestra, señora, soy, y ya os he dicho  
En otras empeñadas ocasiones  
Que ley es para mí vuestro capricho,  
Y los antojos vuestros son razones.

LA CONDESA.  
Oyeme pues, Estrella,  
Que cosa es que me importa  
Y tiene ejecución fácil y corta.  
El conde, mi buen hijo don García,  
Secreto mal padece  
Que descuidado mas de día en día,  
De día en día con peligro acrece.  
Apuré las razones,  
Los argumentos agoté del todo  
Para hacerle tomar una bebida  
Que puede solo resguardar su vida,  
Y de usarla con él no encuentro modo.  
Un solo medio veo solamente,  
Tómela de tu mano incautamente.

ESTRELLA.  
¿De mi mano, señora!

LA CONDESA.  
Sí por cierto;  
El cree que es un secreto su dolencia  
Que juramos guardar en la conciencia  
Los médicos y yo, que la sabemos,  
Y solo de nosotros se recela  
Que á su pesar curársela queremos,  
Y es inútil contigo su cautela.  
¿Qué dices?

ESTRELLA.  
Yo, señora. . . .

LA CONDESA.  
Desconfías  
De su madre tal vez? mujer ingrata,  
¿No le he llevado en las entrañas mías?  
Por sospecha tan ruin ¡viven los cielos!  
Que inaudito castigo merecias.

ESTRELLA.  
¡Oh! perdon, mi señora la condesa,  
Calmad vuestros enojos;  
Que en ocasión tan grave  
La duda es natural en quien no sabe.  
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,  
Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia  
Para solo servir, y de entonces  
Fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.

LA CONDESA.  
Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

ESTRELLA.  
Mas la ocasión. . . . .  
LA CONDESA.  
Muy fácil: en la mesa.  
Yo el elixir derramaré en su copa,  
Tú se la servirás cuando la pida  
Y de este modo le darás la vida.

ESTRELLA.  
¿Yo se la he de servir. . . . ?  
LA CONDESA.  
Seguramente.  
Que la beba es de tí nuestra fortuna,  
Mas sin señal de inteligencia alguna  
Con mano firme y con serena frente.  
¿Entiendes?

ESTRELLA.  
Será así.  
CONDESA.  
Pues así sea;  
Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,  
Y cierra ese balcón, porque no sea  
De una noche de amor puerta traidora.

ESTRELLA.  
Cierro y tranquila reposad, señora.  
Y al vecino aposento  
Salió Estrella obediente,  
Mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento  
Trémula fué, y el rostro macilento:  
A dar en un sillón lánguidamente:  
Y en su errante mirada  
Veíase en verdad su afán interno  
Y su pavor al crimen retratada.  
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento,  
Y por una escusada escalerilla  
Cabo á poner á su secreto intento  
En la antesala dió del aposento  
De don García, Conde de Castilla.  
Su paje favorito allí velaba,  
Sí, allí Montero á la sazón se hallaba,

Y á la llegada de su amante Estrella  
En un sillón de roble dormitaba,  
Mas despertóse al percibir su huella.  
¡Hermosa! dijo, y la tendió los brazos,  
Mas ella suavemente  
Esquivando sus lazos  
Peligrosos tal vez, rápidamente  
Con voz turbada, y con prudencia mucha  
Apartóle diciendo: *Sancho, escucha.*  
Hízolo Sancho así, y al ir oyendo  
Lo que ella en baja voz le iba diciendo,  
Notábase mas claro á cada instante  
Que el fuego del furor iba subiendo  
Desde su corazón á su semblante.  
¡Bien! dijo el mozo al concluir Estrella:  
*Vete tranquila, que estaré presente;*  
Y á punto tal tornándose la bella  
Por la misma escalera donde vino,  
Tornóse á su sillón tranquilamente  
Montero, y á cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento  
A largo andar se venia,  
Cuando llamó soñoliento  
Desde su oscuro aposento  
El conde Sancho García.  
Montero, como le oyó,  
De la mampara al dintel  
Atento se presentó,  
Y tras algo que le habló  
Cerróse dentro con él.  
De la fatiga al quebranto  
Rendíase al sueño en tanto  
En la antecámara Estrella  
De su ama; mas ¡ay! que de ella  
Se huía tan dulce encanto.  
A vueltas sobre su lecho  
Con el afán de su pecho,  
Hasta el aire que aspiraba  
La parecía que estaba  
Emponzoñado y estrecho.  
En vano el rostro agitado  
Del uno y del otro lado  
Acomoda entre la ropa,  
Los ojos se la han cerrado  
Con la imagen de una copa;  
Y aunque sin luz los mantiene  
Por mucho que los aferra,  
Su odioso contorno viene  
A dar á sus ojos guerra,  
Y despechada la tiene.  
Por mas que en dulces memorias  
Su mente estraviar procura  
Y en sazonadas historias,  
Sus dichas torna ilusorias  
La copa de su amargura.  
No duerme, no, que al impulso  
De un pensamiento cruel,  
Dentro del cuerpo convulso  
Se la desborda del pulso  
Toda su sangre en tropel,  
Ideas mil en su mente  
Que fermentan en monton,

La atormentan fieramente,  
Y siempre el latido siente  
Del trémulo corazón.  
No duerme, no, que en el alma  
Do la virtud no respira,  
La paz del reposo espira  
Y airado el sueño retira  
El bálsamo de la calma.  
No duerme, no, la condesa;  
Que vela desesperada,  
De remordimientos presa  
Siempre anhelando ¡malvada!  
Lo mismo de que la pesa.  
Otro remedio al amor,  
Que en su corazón batalla,  
Y lucha contra la valla  
De su amancillado honor.

—No! dice en su desvarío,  
Ceder no sabré jamás,  
Por Dios que me sobra brío!  
Ven, Muza, y si tú eres mío,  
¿qué me importa lo demás?

Tendamos, lector, un velo  
Sobre esta infernal pasión,  
Que de escudriñar me duelo  
Secretos que puso el cielo  
Del hombre en el corazón.

Con la sonrisa en los labios  
Y con la faz cariñosa,  
Sentóse el conde á la mesa  
En cuanto llegó la hora.  
Con la sonrisa en los labios  
Aunque con la vista torva,  
Sentóse á par la condesa  
En el lugar que la toca.  
El hijo en el puesto bajo,  
Que aunque lleva la corona,  
Ante su madre la olvida,  
Y como á quien es la honra.  
La madre en el preferente,  
Pues aunque parte no toma  
Del condado en el gobierno,  
Siempre en su casa es señora.  
Detrás del conde está Sancho,  
Que la confianza goza  
De su señor, y le sirve  
Con atención oficiosa.  
Tras doña Blanca está Estrella,  
Que es la camarera sola  
Que la sirve ha largo tiempo  
En la mesa y en la alcoba.  
Escancia Sancho el licor  
Al conde con mano pródiga,  
Y lo hace con la condesa  
Estrella con mano sobria.  
Bebe el conde cual lo exigen  
Las fatigas que le agobian,  
La condesa cual permite  
El decofo en su persona.  
El como hombre que pelea,

Caza, y medita, y trasnocha;  
Ella cual madre de príncipes  
Y como ejemplar matrona.  
Aunque larga en las viandas  
Mesa es en palabras corta,  
Cosa en quien negocios tiene  
De grave interés, muy propia.  
Crúzanse pues las palabras  
Interrumpidas y pocas,  
En tanto que los manjares  
El apetito acogotan.  
Sancho, dijo de repente  
El conde, escancia Borgoña,  
Que aunque es licor extranjero  
Deja buen gusto en la boca.  
Lo cual la condesa oyendo  
Intervino presurosa:  
Estrella, sírvele al conde,  
Sancho, tríncha tú esa lonja,  
Que aunque de parte escogida  
No tiene punto de sobra.  
Palideció un tanto Estrella  
Asiendo al punto la copa,  
Y asíó del cuchillo Sancho  
Con mirada escrutadora.  
Frunció doña Blanca un poco  
Los labios, que descolora  
Ligero matiz morado  
Señal de temor ó cólera,  
Y don García sereno  
Con gravedad magestuosa,  
Fijos los ojos en ella  
El vaso llevó á la boca.  
Paró el cuchillo Montero  
Inmóvil sobre la lonja  
Que dividía, y Estrella  
Se estremeció de congoja:  
En tanto que doña Blanca  
Con hondísima zozobra  
Le contemplaba, sus ojos  
Saltándola de las órbitas;  
Y en este momento el conde  
Alargándola la copa,  
La dijo con voz tremenda:  
—“Bebed primero, señora.”  
—Yo! replicó la condesa  
Con voz descompuesta y cóncava.  
—Vos misma, la dijo el conde  
Con voz iracunda y bronca.  
Postróse Sancho de hinojos  
Sentencia tan horrorosa  
Al escuchar, pero en vano,  
Nada á don García asombra.  
De cólera y de venganza  
Vértigo infernal le acosa,  
Y todo su ser á su ímpetu  
Se descompasa y trastorna.  
Todo recuerdo calmante,  
Toda intención generosa,  
De la indignación á impulsos  
Del corazón se le borra.  
Y con el brazo estendido  
Y faz amenazadora,

A la condesa presenta  
Resueltamente la copa.  
—Señor! exclamó Montero,  
¡Vasallo! (en voz tronadora  
Interrumpió don García),  
Quien por infames aboga,  
Solo cavar su sepulcro  
Junto á su sepulcro logra.  
Y á la condesa volviéndose  
Siguió diciendo: señora,  
Venderle quereis al moro  
Mi cabeza y mi corona,  
Que con torpeza inaudita  
Y amor sacrilego compra;  
A morir pues dispones  
Como liviana y traidora  
—Hijo mio!

—No, apartad  
Tal nombre de la memoria.  
¡Y voto á Dios! bebed pronto  
Que mi paciencia se agota.  
—Hijo mio, por la santa  
Esperanza de una gloria...  
—Callad y apurad el vaso...  
Esa es la vuestra y no hay otra.  
Y aquí la condesa viendo  
Que es vana esperanza toda,  
Desesperada y sañuda  
Contra sí misma se torna.  
Radió en su fiero semblante  
Horrenda expresión diabólica,  
Que en su corazón aloja:  
Y con firmeza que fuera  
En causa mejor heroica,  
Apuró de un solo trago  
La preparada ponzoña.  
Cayó sin sentido Estrella,  
En oración fervorosa  
Sancho encomendó su alma.  
Y el conde con mano pronta  
Arrojó contra las tapias  
El resto de la ponzoña.  
Quedó la condesa un punto  
Fantasma amedrentadora  
Frente á don Sancho en silencio;  
Mas pronto el fatal Borgoña  
Tendióla en tierra de espaldas  
Al fin desastrado próxima.

#### CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura:  
No ilumina la luna el firmamento,  
Y en la atmósfera impura  
Densos vapores amontona el viento.  
De espesos nubarrones  
Por su turbado azul lentos avanzan  
Preñados escuadrones,  
Que el aire sorben donde el aire alcanzan.  
No corre ni una ráfaga perdida  
Que temple de la atmósfera el bochorno,

Y el aura de la tierra desprendida  
Exhalada parece de algun horno:  
Y dijeran que humea  
Próxima á vomitar la oculta llama  
Si el relámpago pronto centellea  
Y el ronco trueno en las alturas brama.  
En un balcon que á los jardines mira  
Del palacio de Burgos, en que mora,  
Sombrio y melancólico suspira  
Don García á deshora.  
El es; y al recordar de doña Blanca,  
Su muerta madre, el infernal intento,  
Hondos suspiros de su pecho arranca,  
Que rechaza tal vez el firmamento.  
Y el llanto que en sus párpados se estanca  
Y el semblante humillado y macilento,  
Muestran que es ya su bárbara sentencia  
Carcoma que desgarras su conciencia.  
Sus miradas en tierra, distraído  
Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,  
Y en confuso tropel descolorido  
Pasan por su memoria las ideas  
Tardas en paso y en contorno feas.  
A veces frunce, receloso, el ceño  
Cual si oculto pesar le atormentara,  
Y á veces gime cual si en negro sueño  
Fantasma aterrador se le mostrara.  
A veces reteniendo en su garganta  
El desigual aliento,  
Agitado su pecho se levanta  
Cual mar que en tumbos desordena el viento.  
Y á veces tenuamente respirando,  
Resistiendo la fiebre que le agita,  
En siniestro delirio divagando  
Lánguidamente al parecer dormita;  
Todo al fin en el conde está mostrando  
Que grave asunto con afán medita  
Y se ve que su bárbara sentencia  
Es el peso que abruma su conciencia.  
Muchas veces acaso en su abandono  
Las leyes invocó que defendía;  
Razon hallaba en el salvado trono  
Que su venganza autorizar podía,  
Pero siempre tras él con fiero encono  
Salir la sombra de su madre via,  
Y la ley, la razon y el pensamiento  
Cedian al tenaz remordimiento.  
Mas tendamos, lector, un velo oscuro  
Sobre este cuadro de venganza y duelo,  
Que es caso á fé de comentarse duro  
Que ya ha pesado en su balanza el cielo:  
Caso, lector, (y con verdad lo juro)  
Cuya razon escudriñar no anhele,  
Pues pliegues son del corazón humano  
Que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera,  
Y mucho mas el conde así pasara  
Si por bajo cruzar de su vidriera  
Misterioso embozado no mirara.  
A la rápida luz de los relámpagos  
Su bulto en las tinieblas perseguía,  
Los ojos con afán desenchajando

Si en medio las tinieblas le perdía,  
Mas siempre hallarle en el jardín rodando  
Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha,  
Y espoleando el honor sus presunciones  
Pronto entendió que el embozado acecha  
De su alcázar, ó puertas ó balcones.  
Y á poco seña misteriosa oyendo  
Por una reja le alcanzó trepando,  
Y en ira á él encaminóse ardiendo.  
Con silenciosa y recatada huella  
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,  
Y luz viendo alumbrar la cerradura  
La airada vista enderezó por ella.  
Mas apenas la línea había cogido  
Que la abertura con la luz marcaba,  
Oyó como de gente que lidiaba  
Dentro del cuarto temeroso ruido.  
Entre él y la bujía en un instante  
Dos cuerpos á la par se interpusieron,  
Que á poco en bamboleo vacilante  
A la par con estrépito cayeron.  
Lánzase dentro el irritado conde,  
Y al ver el sitio donde  
La luz prosigue, la afilada punta  
Les pone de su estoque á la garganta.  
Y *¿quién se atreve? vive Dios!* pregunta:  
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,  
Que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

¿Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Señor,

Si es que lo hecho os enoja,  
Sacadme con esa hoja  
El alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre  
Que tienes muerto á tus piés  
Bañado en sangre, ¿quién es?  
—Muza, señor, no os asombre.  
Sin miramiento al decoro  
Que en vuestra casa se encierra,  
Contando iría á su tierra.

Vuestra deshonra ese moro.  
Yo le esperé y le maté;  
Si os culpa su rey, señor,  
Tratadme como traidor  
Y entregadme, que yo iré;  
Pues quiero de mejor gana,  
Que el moro traidor me llame,  
Que oírle dar por infame  
A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano  
Tal oyendo, y replicó:  
Sancho, así quisiera yo  
Todo el pueblo castellano.  
¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO

Espinosa.

EL CONDE.

¿Eres noble?

SANCHO MONTERO.

Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy  
Y tu familia famosa.  
Desde hoy serán mis monteros,  
Y de lealtad por gala  
Dormirán en mi antesala  
Sus bizarros caballeros.  
Y lléveme Belcebú  
Si temo á nadie en la tierra,  
Si en la paz son y en la guerra,  
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria  
Que de su madre guardó,  
Escuso decirla yo,  
Pues te lo dice la historia;  
Recuerdos hay todavía  
Que atestiguan opulentos  
Los muchos remordimientos  
Del conde Sancho García.  
Diré, pues, la sola cosa  
Que sus recuerdos exigen,  
Y es que de él tiene origen  
Los Monteros de Espinosa.

## DOS HOMBRES GENEROSOS.

### LEYENDA ORIENTAL.

#### INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio,  
Su riqueza envidiable y su fortuna:  
En Cádiz vive del comercio emporio,  
Y oro sobre oro comerciando aduna.  
Jóven, valiente y de encumbrado origen,  
No es como otros mancebos altaneros,  
Que solamente su ambición dirigen  
Su orgullo á alimentar de caballeros,  
Y en banquetes y amores  
Consumen su salud y sus dineros;  
Y con mengua y baldon de sus mayores  
Mueren entre rufianes y acreedores.  
No, vive Dios! Don Luis lleva una espada  
En el cinto prendida,  
Y aunque de sangre alguna vez teñida,  
Con infame traición nunca manchada  
Siempre con honra la llevó ceñida.  
Cortés, galán y afable,  
Pronto á satisfacer, jamás esconde  
Su faz al lidiador mas formidable,  
Si una ofensa vengar le corresponde.  
Pero calculador como valiente,  
Noble viéndose ya por nacimiento,  
Que era mejor imaginó prudente  
No alcanzado morir, sino opulento.  
Dióse al comercio, pues, y la fortuna  
Tan próspera le fué, tan halagüeña,  
Que no hay empresa alguna  
En que no doble el capital que empeña.  
No tiene un buque que á la mar botado  
No torne al puerto de botín cargado;  
Ni hay cambiante en Europa ni banquero  
Que no admita su firma por dinero.  
Ni playa oculta, ni nación remota  
Donde suya no aporte alguna vela,  
Y no le traiga de su tierra ignota  
Prenda de gran valor en joya ó tela.  
Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,  
Venecia . . . . el mundo entero

Recorren sus pilotos cada día,  
Y siempre afortunados en sus viajes  
Ni sufren de corsarios abordajes,  
Ni fiero temporal les descarria.  
Mira Tenorio en su fortuna inmensa  
De su excesivo afán la recompensa;  
Mas cuanto rico y noble generoso  
Cual comerciante avaro ú envidioso  
No calcula ni piensa.  
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo  
Que á sus puertas acuda inútilmente,  
Ni tiene un solo amigo  
Que con su bolsa en la ocasión no cuente.  
Y si un colega el capital espone  
Y la fortuna ruin se la devora,  
La amistad de Don Luis se lo repone,  
Sin desear su mano bienhechora  
Del que el favor recibe mas usura  
Que gratitud . . . y próspera ventura.  
Tal es, lector, el hombre  
De quien hablarte quiero,  
Y cuya historia espero  
Que te suspenda el ánimo y te asombre.  
No hay en ella magníficas escenas  
De combates, y muertes, y sucesos  
Estrepitosos llenas,  
Ni por objeto mi leyenda tiene  
La fortuna y el bien de un grande imperio;  
La reacción que dicen que conviene  
Sufra la sociedad; esto es muy serio,  
Y no me siento yo con tanta fuerza  
Para que el siglo ante mi voz se tuerza  
Y varíe de faz nuestro hemisferio.  
No es para mí tan colosal hazaña:  
La sociedad quien pueda regenerar,  
Yo cantaré despues cuando muriere  
La suerte que su afán diere á la España.  
Mas es un cuento asaz entretenido  
Con puntas de moral sana y sencilla,  
En Castilla aprendido,  
A manera contado de Castilla.